

en su extraña sensibilidad, llevarán luto todos los días de su vida: para ellos, su hijo ha muerto en cuanto se reviste de las insignias del ministerio sacerdotal, y su hija está enterrada así que ha tomado el velo de las vírgenes del Señor. Confesaremos sin pena, que bajo el punto de vista meramente humano, el sacerdocio promete á sus aspirantes más espinas que flores, y que hoy, no ofrece ninguno de los atractivos que halagan la ambicion mundana. Pero, tal como es, y precisamente porque es tal, ¿no tiene con qué tentar la ambicion de una familia cristiana? ¿No es un alto honor para vuestra familia, el dar un ministro al Dios de majestad, un sacerdote á la grande Iglesia, que ha llenado el mundo con sus beneficios y su gloria, una hostia á la sociedad, que tanta necesidad tiene de expiacion? Y por no hablar más que de las madres, ¿qué consuelo más dulce y más elevado para su corazon y su fé, que el ver al fruto de sus entrañas asociado al sublime ministerio del Hijo de la Virgen María?

Léjos, pues, de gemir y de quejaros, léjos de oponeros á los designios de Dios, y de incurrir por ello en una responsabilidad terrible, cuando el Señor os dispensa la honra de escoger en vuestras familias una lámpara para iluminar su templo, agradecedle que os dé en ese sacerdote, ó hermana de caridad, una bendicion para vuestra casa, y una intercesion cerca del cielo. Llevad vosotros mismos la leña del sacrificio: como Abrahan, armaos generosamente del cuchillo. Aproximad al altar la llama que ha de consumir á la víctima. Isaac no morirá, y en él serán bendecidos todos vuestros descendientes.

Sí, benditas sean las familias; y con este voto, amados hermanos míos, quiero resumir y terminar este discurso: benditas las familias, en que se trasmitan de padres á hijos, como la más preciosa herencia, los tesoros de la fé y de la virtud; las familias, en que Dios, primer Señor de la casa, recibe también mañana y tarde los primeros y últimos homenajes; en que un padre, tan respetado como querido, es como el sacerdote que ofrece, á nombre de todos, el sacrificio de la alabanza y de la accion de gracias; en que una madre tierna, una esposa fiel se asemeja, valiéndonos de las graciosas imágenes del rey Profeta, á la viña solitaria y fecunda, que cubre numerosos vástagos con sus ramas tutelares; en que los hijos, adornados de sabiduría y de inocencia, crecen á la vista de sus padres, como jóvenes olivos, ricos de porvenir y esperanza, y rodean como una guirnalda de honor y alegría sus hogares y mesas! ¡Felices padres, felices madres! Dios les colmará de bienes, y les concederá la eterna posesion de él mismo, que os deseo á todos.

Véase: PADRES (Deberes de los).

## EDUCACION RELIGIOSA.

(NECESIDAD DE LA)

*Ubi doctor parvulorum?  
¿Dónde está el maestro de niños?  
(ISAÍ. XXXIII, 18.)*

Esta pregunta, que hacia en otro tiempo el profeta Isafas, ¿no podríamos con más razon hacerla nosotros? Nuestro siglo, que tanto se enorgullece con sus progresos, descubrimientos y luces, ¿se ocupa, acaso, en lo más esencial, en lo más capital para la sociedad? No, hermanos míos, otras preocupaciones nos absorben, otros intereses nos mueven. Voy, pues, á llamar vuestra atencion sobre un punto de suma importancia. Me refiero á la educacion; y sin otro preliminar, sin otro preámbulo, os diré: Dad á vuestros hijos una educacion religiosa, y será provechosa á estos hijos; lo vereis en la primera reflexion de mi discurso. Dad á vuestros hijos una educacion religiosa; ella será provechosa á la sociedad: os lo demostraré en mi segunda reflexion. Dad, en fin, á vuestros hijos una educacion religiosa, y será provechosa á vosotros mismos; tercera reflexion. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los padres, amados hermanos míos, penetrados de sus obligaciones, y sabiendo que en su mano está el presente y el porvenir de sus hijos, deben emplear el medio más eficaz para asegurar el logro de aquello en que fundan sus más dulces esperanzas, esto es, en las virtudes y la felicidad de los seres más caros á su corazon. Válganse, pues, de las enseñanzas y del influjo de la religion, cuyo privilegio es procurar ella sola estos beneficios. En efecto, la religion es para los niños, y para toda su vida, el guía más seguro, el freno más poderoso, y la causa más constante y más eficaz de su felicidad.

Establezcamos el principio, por nadie impugnado, de que la educacion, que forma el carácter, puede variar, segun las diferentes posiciones en que nos pone la naturaleza: mas debe tenerse presente, que

conviene formar hombres justos y buenos; que si los diferentes grados de la vida exigen luces diferentes, la virtud es igualmente necesaria á todos: por eso he dicho, que la religion es para los niños y para toda su vida el guia más seguro. Ella se insinúa en el corazon de la infancia y establece con su grata luz el principio del deber y de la sabiduría. Sin este guia celestial, que ilumina su camino, ¿qué seria del hombre en la edad de los errores, en que las pasiones, posesionadas de su alma, le entregan á todos sus arrebatos? ¿Qué seria de él en la aurora de la vida? ¿No se extraviaria en el laberinto de las pasiones humanas? Por el contrario, con una educacion religiosa, todos los actos estarán conformes con la razon eterna, porque habrá contraido la costumbre de medirlos y ordenarlos. Nada pudo descarriar al jóven Tobias. Sin una educacion semejante, hermanos míos, ¿qué seria especialmente de ese sexo débil, cuya razon está casi toda en el corazon, y que con el vago deseo de felicidad que le atormenta, está tan expuesto á la seducción? ¿Qué seria de él, si la religion no elevase todas sus afecciones á Dios, para preservarle de su propia debilidad? Susana fué educada segun la ley; no temais por su virtud: ella está bajo la salvaguardia del deber: ella no caerá. En todas las condiciones de la vida, si la religion y sus preciosas enseñanzas reinan en la educacion de las vírgenes cristianas, do quiera obedezcan ellas á este fiel consejero, serán la gloria de su sexo. Así en la cabaña del labrador, como en el taller del artesano, pasarán tranquilamente su niñez y su juventud á la vista de sus madres: pasarán de una edad á otra sin advertirlo; y como habrán conservado las ideas y la fé de la infancia, no perderán su candor ni su ingenuidad. De este aprendizaje de delicadeza y virtud, saldrán las jóvenes con el espíritu adornado de piadosos pensamientos, y llevarán en dote á sus esposos un corazon puro en un cuerpo sano.

He dicho tambien, que la religion es para los niños el freno más poderoso. En efecto, solo ella puede esforzarles en la senda del deber, de la que tratan de apartarles sus pasiones. Por poderosa que sea la educacion religiosa, solo alcanza á modificar su naturaleza corrompida; pero esta modificacion se asemeja, casi siempre, á una regeneracion poco ménos que total; figuraos, por el contrario, el estado del alma, la existencia de aquel cuya educacion no ha experimentado la influencia del freno saludable de la religion, y vedle entregado á la anarquía de sus pasiones desordenadas. ¡Triste cosa de ver! Dominado por sus sentidos, subyugado por pasiones, que el tiempo, digámoslo así, ha vuelto indomables, su razon pasa casi siempre á ser su cómplice, y él acaba siendo víctima. La omision del deber más sagrado

ha sido el principio de sus extravíos. Interrogad sobre esto la historia, amados hermanos míos, consultad la experiencia, repasad vuestra memoria, y podré dispensarme de añadir más sombras á este cuadro. Preguntad al desdichado, que pasa tan presto de la juventud á la muerte, porque va á frustrar sobre el patíbulo el porvenir que la naturaleza le prometía, y os contestará, que se vió privado de una educacion religiosa, y que nada en él ha podido ser parte para moderar la impetuosidad de sus pasiones.

Notad tambien que la religion, dirigiendo y reprimiendo nuestras inclinaciones, contribuye á nuestra dicha, y, por esta misma razon, he ponderado la necesidad que tienen vuestros hijos de una educacion religiosa. Si, hermanos míos: esforzarse para hacer virtuosos á los que la providencia os ha confiado, es hacerles felices; pues debeis persuadirlos, de que las pasiones conducen á la desventura, y la virtud á la dicha; con que, aún cuando la virtud no fuese un gran deber, seria una alta conveniencia, un excelente cálculo. Por mas que hablen las pasiones interesadas, todo tiene en el mundo su regla y su medida. Si; quien no obra conforme con los principios establecidos, quien se coloca fuera de la ley general, y rompe así el concierto universal, ese no puede ser feliz; pues con su conducta ahoga la felicidad en el centro donde empieza á desarrollarse. Siempre que entra en nuestro amor algun elemento que lo corrompe, siempre que nuestra sensibilidad se exalta por objetos que la depravan, el desórden, causa poderosa de infelicidad, se apodera de nuestra alma, y la llena de turbacion, de inquietud y remordimiento.

La religion, inseparable del hombre, hace su felicidad en todas las épocas y edades de la vida. Merced á ella, los diversos acontecimientos que constituyen nuestra existencia se suceden y pasan sin dolor. Ella le sostiene, le consuela en la vejez. ¡Oh! ¡cuán esencial es para los últimos dias de una vida tan fugáz, observar una conducta basada en los preceptos de la religion! ¡Cuán grato es encaminarse, con ayuda de ella, al término en que cesan todas las ilusiones! Hermanos míos, al dar á vuestros hijos una educacion religiosa, edificais, en cierto modo, con vuestras propias manos la felicidad de toda su vida. No podeis dejarles mejor herencia. Siempre serán bastante ricos si saben vivir cristianamente. Así, pues, el bien de vuestros hijos es el primer motivo que debe induciros á darles una educacion religiosa.

2. Es tan trascendental, hermanos míos, la importancia de la educacion religiosa, es tal su influjo en la sociedad, que, como dijo un escritor célebre, causa la vida ó la muerte de los Estados, segun se emplea ó se descuida. La religion robustece, desarrolla, multiplica cuanto

constituye el orden, la prosperidad y la gloria de las naciones; en ella se encuentran, no solamente las primicias de la vida futura, sino tambien los principios de la vida presente. Y las relaciones que la naturaleza ha establecido entre los hombres, son consagradas por la religion; ella les imprime el sello de la autoridad divina; ella es la piedra angular del edificio social. Toda potestad que no parte de esta base, se enerva, se agota y se deshace al primer choque. Así, pues, una educacion cimentada en los principios religiosos, enseña temprano á los que forman la sociedad, que deben entrar en el orden establecido por la Providencia, es decir, trabajar cada uno particularmente para constituir un todo regular, que tenga en su concierto y unidad su fuerza y su dicha. Las virtudes, pues, que forman la seguridad de la sociedad pertenecen á la religion, como el arroyo pertenece á su manantial. La probidad humana es muy débil para resistir al soplo destructor del orgullo y del respeto humano. Los lazos formados por la educacion religiosa, amados hermanos míos, son mil veces más poderosos que todas las cadenas de oro fabricadas por la política, para estrechar fuertemente los corazones rebeldes, que procuran escaparse.

Cuando decimos, que en la religion debe fundarse toda educacion en beneficio de la sociedad, no asentamos nada que no sea susceptible de una demostracion rigurosa. Dios es la razon suprema de las cosas; en Dios se encuentra el centro de todas las criaturas, es decir, que él es aquel á quien convergen todas, como todos los puntos de la circunferencia convergen al centro del círculo. La religion es la razon de todas las sociedades, toda vez que fuera de ella no puede encontrarse la razon de ningun deber. Ella debe ser la constitucion fundamental de la sociedad. El hombre que no ha recibido principios religiosos, solo debe tratar de satisfacer sus caprichos, sus deseos; su interés personal se antepone á todo, se constituye centro de todo; y solo el bien que de ella puede recibir, le aficiona á la sociedad. La historia de los siglos y la experiencia prueban esta verdad. Todas las asociaciones humanas tienen por fundamento la religion; todos los pueblos la han invocado, y ella ha presidido en todos los acontecimientos. Y, como dice S. Agustin, para dar á la probidad humana una garantia superior á la de la razon, se introdujo en la tierra la fé del juramento, la que siempre ha sido respetada, porque tiene su caucion en el cielo. El cristianismo, cambiando la faz del universo, ha estrechado el lazo que formáran las religiones que lo han precedido; las costumbres se han purificado; su espíritu ha perfeccionado el derecho de gentes; tan cierto es, decia un filósofo, que la religion cristiana, que, al parecer, no tiene más objeto que la otra vida, forma tambien la felicidad

de esta. Y, como decia el Profeta, dichosa la nacion cuya herencia es el Señor!

Pero, hermanos míos, la causa de todos los desórdenes que alteran el comercio, la paz y la tranquilidad, que deberían reinar entre los hombres, debemos buscarla tan solo en la falta de principios religiosos. De las doctrinas impías nacen todos los males que nos trabajan. Hé aquí, por qué los hijos desafian la autoridad paternal; las mujeres sacuden el yugo del pudor; los esposos violan la fé conyugal, profanan lo más sagrado que hay entre los hombres, siembran en las familias la discordia, el desorden, el escándalo, llenan la sociedad de mentiras, de perfidias, y no dejan á esta sociedad otra arma defensiva que el instrumento fatal levantado en las plazas públicas.

El vicio de una generacion, que crece y se desarrolla sin principios religiosos, aja el alma y hace manar sangre del corazón. Repítese con amargura lo que decia en otro tiempo S. Basilio, refiriéndose á Julian el Apóstata, cuando le vió abandonarse á sus extravíos: «¡Qué azote mantiene la pátria en su seno!» Estamos léjos, amados hermanos míos, de querer calumniar á la juventud, y, sobre todo, de desesperar de esta brillante flor de los pueblos; pero nos aflige el ver el empleo que hace de sus fuerzas. Os rogamos, amados hermanos, que recurrais á la educacion religiosa, que, por sí sola, puede hacer redundar en provecho y gloria de la pátria lo que causa sus tormentos y peligros. Detrás de nosotros hay un abismo; la tierra tiembla bajo nuestros piés; delante de nosotros hay el vacío de un porvenir que, en medio de estas ruinas, debe hacer surgir de su seno un nuevo edificio. Entre un mundo que ya no existe, y un mundo que no existe aún, encargados como estais de dirigir una generacion, cuyo porvenir es tan grande, ¿podriais dudar por qué senda debeis guiarla? La religion, sí, la religion sola puede salvarnos en esta crisis trabajosa, y en medio de esta especie de trasformacion que va operándose.

¿Quereis refrenar ese deseo inmoderado de elevarse y de gozar, que se ha apoderado de todos los hombres, en una época, en que todas las clases han salido de su sosiego como de sus condiciones? Apelad á una educacion religiosa, única cosa capaz de reprimir esa destemplanza de lujo y de ambicion. ¿Quereis, hermanos míos, corregir las costumbres, pervertidas ántes de tiempo? Apelad á la educacion religiosa, única cosa capaz de hacer prestar oídos á las palabras de vida. ¿Quereis combatir esa moral condescendiente con todas las pasiones, que tira á confundir la accion voluntaria de una naturaleza depravada, de un hombre disoluto, con el ímpetu inocente de un ánimo turbado por una enfermedad mortal; que tiende á proclamar la impuni-

dad de todas las maldades que afligen la tierra, justificándolas con su misma inmoralidad, y caminando, como todos confiesan, á un cataclismo universal? Apelad á la educacion religiosa, única cosa capaz de darnos exacta idea del bien y del mal. Trabajad, hermanos míos, trabajad para propagar la religion de vuestros padres; sea ella la base de la educacion de vuestros hijos, y la sociedad está salvada; procurad el triunfo de esta religion, que os tiende los brazos: madre tierna, ella desea ardientemente perdonaros, olvidar vuestras prevaricaciones, y marcar con nuevos beneficios su reconciliacion con vosotros; pues la educacion religiosa, hermanos míos, no solo forma la felicidad de los hijos, la de la sociedad, sino tambien la de los padres.

3. Es menester, amados hermanos míos, que los padres se persuadan, de que hallarán su castigo ó recompensa en la buena ó mala educacion que dieren á sus hijos. En efecto, véase lo que pasa en una familia, en que la religion no forma parte de la educacion de los hijos. Hay padres que apenas dejan traslucir si creen en Dios. Sus hijos viven para la vergüenza y el crimen; han muerto prematuramente para la naturaleza y la virtud, y viven y mueren desgraciados. ¿Qué les resta á los padres? Unas canas sin honra, una vejez sin alegría, abrumada de dolor, de humillaciones, de remordimientos: desconocidos, abandonados, tal vez, arrastran su caducidad á la puerta de la casa de un hijo ingrato, que no respeta la miseria de sus padres. ¡Ah! ¡cuán dignos son de lástima! Mas, no, yo no les compadezco; ellos recogen lo que sembraron. Su conducta está grabada con caracteres indelebles en la memoria de sus hijos, que apoyan su conducta en los principios y ejemplos que sus padres les dieran. No les compadezco; los principios y máximas, que precipitaron á los hijos en el abismo, fueron profesados delante de ellos, y sus acciones no son más que una imitacion del ejemplo que recibieron. Veo á los padres despojados de los derechos más sagrados, de la autoridad, del respeto, del amor de sus hijos; ya no son padres, pues no pueden ejercer una autoridad, que debe fundarse en la reverencia y la ternura. Al dejar la vida, están solos con sus dolores; y el lecho en que la muerte les arrebató, no lo riegan las lágrimas de un hijo, de una hija. No, yo no les compadezco, ellos lo han querido.

Apartemos los ojos, amados hermanos míos, de tan doloroso espectáculo, y pongámoslos en un cuadro más consolador, en el de una educacion, segun los principios religiosos. No me será difícil trazar este cuadro, cuyos rasgos tengo la satisfaccion de encontrar en un gran número de familias cristianas que me rodean. En efecto; ¡cuán grato es contemplar á la madre cristiana, adornada de gracia y de dignidad.

segun dice la Escritura, á la madre adornada de virtudes: madre, que á costa de los más vivos dolores, ha adquirido la gloria y la dicha de serlo completamente! Llena de pura y dulce alegría, vela junto á la cuna de su hijo dormido, y protege cuidadosamente su sueño sosegado. ¡Ved con qué ardoroso afán levanta su espíritu y su corazón á Dios, en el constante homenaje que diariamente le rinde! ¿Qué os diré de su cuidado en comunicarle buenos hábitos, en mantenerle en ellos? Ella se los hace respirar con el aire de la casa, le atrae con una sonrisa, con una mirada. Mas ¿qué os diré, sobre todo, de esa efusion llena de circunspeccion y de pudor, de todas las relaciones de la madre con la hija, las más sagradas, despues de las de la criatura con el Criador? En ellas aprende la virgen cristiana, que la belleza, vana y efímera, no constituirá su mérito, y que solo sus virtudes y prendas la harán digna de alabanza y aprecio; aprende, que su mayor gloria es no ser conocida. El buen padre dá á sus hijos lecciones arregladas á la verdad y á la cordura; y en esta tan importante como difícil tarea, se asocia los maestros más inteligentes, pero tambien los más intachables, pues, sabe muy bien, que son asimismo los padres de los espíritus. Los buenos padres ó los padres cristianos, pues estas palabras son equivalentes, para enseñar á sus hijos, emplean los buenos ejemplos, sin los cuales sería inútil cualquier exhortacion. La regularidad de sus costumbres es, digámoslo así, la luz que ilumina á sus hijos. Una familia semejante, hermanos míos, disfruta de paz interior, de tierno sosiego, de pura y dulcísima alegría. ¡Oh! el que ha vivido en el hogar paterno, cuando éste es un santuario de la religion, cuando ha saboreado estas delicias, ¿puede acordarse, una vez sola en el mundo, de las caricias de su madre, sin profundo enternecimiento?

Tranquilizaos, padres religiosos, vuestros hijos serán para vosotros un beneficio de Dios y una recompensa. Si arrebatados por la impetuosidad de las pasiones, se apartan por un momento de la buena senda, es imposible que lleguen á perecer unos hijos, que tantas lágrimas os han costado. Vuestra instruccion cristiana, hermanos míos, tendrá siempre un sol que la haga florecer, una estacion que la haga madurar. La religion, que presidió á su educacion primaria, y que nunca pierde sus derechos, hará volver, tarde ó temprano, á vuestros brazos al hijo, que, tal vez, se ha olvidado de sus deberes.

Luego que vayais entrando en años, la religion, que habeis observado y las virtudes que habeis practicado, reunirán sus consuelos y esperanzas para endulzar el término de vuestra carrera. Ellas os prometerán, si no en la tierra, á lo ménos en el cielo, felicidad y recompensa. Sea este, Dios mío, el tranquilo sueño de los que nos han dado

el sér, que nos han enseñado á amarte y conocerte á tí, fuente de verdad y felicidad. ¡Ojalá nos aprovechemos de sus enseñanzas y ejemplos, y nos veamos un día todos reunidos en tu bienaventurada eternidad! Esto es, hermanos míos, lo que os deseo.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

EDUCACION MUNDANA.—Se educa á las personas de mundo:

En el olvido de Dios.

En el menosprecio de la Iglesia.

En la afición á la licencia.

EDUCACION MUNDANA.—Se educa á las personas de mundo:

En la complacencia del mundo.

En el menosprecio de la virtud.

En la aversion á la cruz.

EDUCACION DE LOS SANTOS.—Se les educa:

En el amor á la verdad.

En la aversion al mundo.

En el ejercicio de la penitencia.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Noli subtrahere à puero disciplinam; si enim percusseris eum virga, non morietur; tu virga percuties eum, et animam ejus de inferno liberabis.* Prov. xxiii, 13, 14.

*Virga atque correptio tribuit sapientiam; puer autem qui dimittitur voluntati suae, confundit matrem suam.* Idem xxix, 15.

*Sapientiam et disciplinam qui abjicit, infelix est; et vacua est spes illorum, et labore sine fructo, et inutilia opera eorum.* Sap. iii, 11.

No escasees la corrección al muchacho, pues, aunque le des algún castigo, no morirá. Aplícale la vara del castigo, y librarás su alma del infierno.

El castigo y la reprensión acrean la sabiduría; pero el muchacho abandonado á sus antojos es la confusión de su madre.

Desdichado es quien desecha la sabiduría y la instrucción; y vana es su esperanza, sin fruto sus trabajos, é inútiles sus obras.

*Filii tibi sunt? Erudi illos, et curva illos à pueritia illorum.* Eccli. vii, 25.

*In filiis agnoscitur vir.* Idem xi, 50.

*Ne jucunderis in filiis impiis, si multiplicentur; ne oblecteris super ipsos, si non est timor Dei in illis.* Idem xvi, 1.

*Confusio patris est de filio indisciplinato.* Idem xxii, 5.

*Qui diligit filium suum, assiduat illi flagella, ut laetetur in novissimo suo.* Idem xxx, 1.

*Pater filius notam faciet veritatem tuam.* Isai. xxxviii, 19.

*Vos, patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros; sed educate illos in disciplina et correptione Domini.* Ephes. vi, 4.

*Si quis suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior.* I Timoth. v, 8.

¿Tienes hijos? adóctrinalos, y dómalos desde su niñez.

Al hombre se le ha de conocer en sus hijos.

No te alegres de que tus hijos se multipliquen, si son malos, ni te complazcas en ellos, si no tienen temor de Dios.

Afrenta del padre es el hijo mal criado.

El que ama á su hijo, le hace sentir á menudo el azote ó castigo, para hallar en él al fin su consuelo.

El padre anunciará á sus hijos tu fidelidad en las promesas.

Vosotros, padres, no irriteis con excesivo rigor á vuestros hijos; mas educadlos corrigiéndolos é instruyéndolos según la doctrina de el Señor.

Que si hay quien no mira por los suyos, mayormente si son de la familia, este tal negado há la fé, y es peor que un infiel.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El principal acto de la educación doméstica entre los judíos consistía, en anunciar los padres á sus hijos la grandeza de Dios, su ley y los innumerables beneficios que había dispensado siempre á este pueblo escogido. Así se les mandaba en diferentes lugares de los libros santos: *docebis ea (nempe verba legis) filios ac nepotes tuos* (DEUTER. IV, 10).

Véase la solícitud con que Job miraba por sus hijos: no contento de darles la correspondiente educación, rogaba á Dios y le ofrecía sacrificios por ellos (Job. i, 5).

La predilección que el Patriarca Jacob manifestó á su hijo José, y que dió motivo á tanta envidia, odio y venganza, debe servir de correctivo á los padres, para que no pongan todo su amor en un hijo, en

perjuicio de los demás, sino que los instruyan á todos, y á todos corrijan con igualdad, segun el génio é inclinacion de cada uno.

Modelo de buenos padres, por la esmerada educacion de sus hijos, fué Tobías, cuyos consejos dados y repetidos muchas veces, pueden leerse en el capítulo IV de su historia. Sus esfuerzos fueron bendecidos y premiados por Dios, por cuanto logró tener un hijo digno de tal padre.

Las desgracias que lleva consigo una educacion descuidada, entre otros muchos ejemplos, nos las demuestra la negligencia culpable del Pontífice Helí para con sus hijos. Escándalos dados á todo el pueblo, indiferencia para con los sacrificios y demás actos del culto divino, una catástrofe espantosa en el ejército, la captura del Arca santa por sus enemigos, el fin miserable de los dos hijos culpables y la muerte del anciano negligente y débil; hé aquí los funestos resultados de una mala educacion (I REG. CAP. II, III, IV).

Todo lo contrario se observa en Samuel, profeta fidelísimo del Señor. Consagrado á Dios por su madre, ántes de ser concebido, y preparado por medio de una educacion santa, brilló á los ojos de Dios y de los hombres cual siervo fervoroso y amigo del Señor, y cual protector acérrimo de su pueblo (I REG. I).

La integridad y constancia de Susana contra dos ancianos lujuriosos, no podia provenir sino de una educacion muy piadosa y esmerada; puesto que llegó á preferir una muerte infame, ántes que consentir en una maldad, que solo hubiera sido patente á los ojos de Dios. Con efecto; el sagrado texto nos dice, que: *Parentes illius, cum essent justí, erudierunt filiam suam secundum legem Moysi* (DAN. XIII).

¿Cuál seria la solicitud de la madre de los Macabeos en inculcar á sus hijos una instruccion sólida y piadosa? Nos lo dice elocuentemente la constancia con que todos sufrieron el martirio, exhortándoles la madre á no olvidar el premio que Dios les reservaba.

Para comprender cuán agradable á Dios es el ocuparse en la educacion de la infancia y juventud, nunca deberíamos olvidar lo que dijo Jesucristo: *Videte ne contemnatis unum ex his pusillis* (MATTH. XVIII, 10).

La educacion puede llamarse un nueva procreacion, aún más noble que la carnal; y en este sentido hablaba el Apóstol, escribiendo á los Gálatas: *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* (CAP. IV).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Omnia quæ deliquerunt filii, de parentibus requirentur, qui non erudierint, neque corripuerint eos.* Origen. lib. 2 in Job.

De todos los pecados de los hijos son responsables los padres, que descuidaron su educacion y su correccion.

*Esto filiis pater, non proditor.* S. Cyprian. serm. in Eleemos.

Sé para con tus hijos un verdadero padre, no un traidor.

*Adolescentia tamquam subacta et mollis cera est, quæ impressas quascumque formas in se facile recipit, et mollissime cedit.* S. Basil. in Regul. cap. 15.

La juventud es blanda y adaptable como la cera, que fácilmente recibe cualquiera forma que se le imprime, cediendo con suma suavidad.

*Magnum depositum habent parentes filios, ingenti illos servant cura.* S. Chrysost. in 1 Tim. cap. 2, Hom. 9.

Los padres tienen en sus hijos un depósito muy sagrado; por lo mismo, deben guardarlos con mucha solicitud.

*Vis filium relinquere divitem? bonum illum ac benignum esse doce; ita enim etiam rem familiarem auctiorem facere poterit.* Idem adv. vituper. vitæ monast.

¿Quieres dejar rico á tu hijo? Enséñale á ser bueno y piadoso; así será idóneo para aumentar aún los bienes domésticos.

*Quanto amplius diligunt filios patres, tanto amplius ad bonam vitam compellunt.* S. Aug. epist. 167.

Cuanto más aman los padres á sus hijos, tanto más les inclinan á una vida piadosa.

*Ostendite eis (filiis), de vestra conversatione fugere malum, appetere bonum, odisse peccatum, timere judicium, et amare Deum.* S. Euseb. Emiss. Homil. Epiphan.

Enseñadles (á los hijos) con vuestro ejemplo á huir del mal, á abrazar el bien, á aborrecer el pecado, á temer el juicio y amar á Dios.

*Sicut uberrimum ab optima educatione præmium pater familias capiet, quicumque liberos, familiamque suam ad Dei cultum, et ad pietatis christianarumque virtutum disciplinam erudierit; ita quicumque debet hoc paternæ caræ officium neglexerit, vel prætermiserit, is ex-*

Así el padre de familia hallará un premio abundante por la buena educacion, esto es, cualquiera que instruya á sus hijos y familia en el culto divino y en la práctica de la devocion y demás virtudes cristianas; así el que descuidare ó despreciare esta obligacion ó deber paternal, sepa que en el día

*pectet, ut in die Domini sibi durissimum iudicium fiat. Act. Me-* terrible del Señor se le espera un juicio rigorosísimo.  
*diolan. S. Carol. Borrom. fol. 105.*

## EGOISMO.

*Sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis.*

El estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca concederlo á vosotros.

(MATTH. XX, 23.)

El egoismo es, sin disputa, una de las pasiones ó vicios más funestos á la sociedad y á los individuos que la componen. Él es el origen, el pábulo, el fomento de todas las pasiones y de todos los vicios: es la raíz viciada, de donde nacen todas las desgracias, y la envenenada fuente de donde fluyen todos los males y horrores de la vida.

Tan cierto como es, que la conservacion y prosperidad de todo el cuerpo interesan mucho más, sin comparacion, que las de un solo miembro, así lo es, igualmente, que el interés particular debe ceder al bien general. El egoista prefiere, en todo caso, sus propios intereses á los de toda la sociedad; y como si ésta no existiera con otro objeto que el de satisfacer sus propias necesidades y antojos, todo lo refiere á sí mismo, todo lo sacrifica en las infames aras de su amor propio. No hay enemigo más astuto, más disimulado, y, por consiguiente, más temible que él, pues bajo el velo de la más noble de las virtudes, cual es la caridad, oculta el abominable vicio de una grosera concupiscencia, de un sórdido interés, de un desordenado amor propio; de cuyo ardid se vale siempre para dominar á todos sus semejantes, ó á la mayor parte, por lo ménos.

Sirva para nuestro desengaño el terrible ejemplo de los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, privilegiados por muchos motivos y en varias ocasiones en el amor de su maestro Jesucristo; apenas le oyen asegurar, que despues de ser perseguido, atormentado é ignominiosamente muerto, había de resucitar un dia lleno de gloria y majestad,

para ocupar un sólio magnífico en un reino más feliz y ostentoso que todos los de este mundo, se deslumbran, aspiran, ambiciosos, á la adquisicion de los más distinguidos honores, de las primeras dignidades, de los puestos más elevados en tan ponderado reino; manifiestan expresamente al Salvador sus imprudentes deseos; le piden con anticipacion los dos asientos más próximos, los más inmediatos al trono: y para obtener su aprobacion, se declaran dispuestos á ejecutar todo cuanto pueda exigir de ellos, aunque sea el sacrificio de sus vidas. El Maestro celestial, que penetraba el interior de sus corazones, y veia claramente la ambicion que ellos creian ocultar con sus palabras, les reconviene con su acostumbrada dulzura, en vez de acceder á su solicitud; y les dice, que no saben lo que solicitan, ni lo que prometen.

Esta sucinta, pero importante historia, me servirá de fundamento para descubrir algunos de los muchos perjuicios, que el egoismo ocasiona á las sociedades y á los mismos egoistas. Espero poco fruto de mi trabajo, si el Señor no se digna dispensarme los auxilios de su gracia, que os excito á pedirle por la mediacion de su amantísima Madre. A. M.

1. No proponiéndose en sus operaciones las sociedades otro fin, que el bien y la prosperidad respectiva de los particulares, está muy puesto en razon, que se excite el celo de cuantos se hallen en estado de cooperar á tan grandioso objeto, con una recompensa proporcionada á sus desvelos y trabajos. Cuanto sean más elevados los destinos, tanto son, por necesidad, más graves los cargos, más vastas las obligaciones, más espinoso y difícil el desempeño de sus deberes; es muy justo, por tanto, que sea mayor la recompensa, esto es, proporcionada al mérito que se adquiere. Pero hé aquí la verdadera piedra del escándalo. De lo mismo que tan imperiosamente, y por una necesidad absoluta, exigen el orden, la razon, la justicia, todas las conveniencias sociales, abusa nuestra miseria para fomentar el desorden y los trastornos. La naturaleza enseña al hombre, y le impone una estricta obligacion de amarse á sí mismo, y procurarse, por todos los medios posibles, pero licitos, al mismo tiempo, toda la felicidad de que es susceptible: mas este amor, ordenado por la naturaleza, vino á degenerar por la culpa en un amor desmedido y ciego, en un brutal egoismo, por el cual mira el hombre con zozobrosa inquietud, con mortal envidia, la suerte de los que se presentan á su vista como más felices, desea vivamente igualarse con ellos en felicidad, y se afana; poniendo en ejecucion cuantos medios le dicta esta pasion infame, por excederlos, si le es posible. Al ver el brillo, la ostentacion, la fastuosa opulencia, la